

LA ESPIRAL, ESPACIO PARA EL PENSAMIENTO Y LAS CULTURAS DEL VALLE DEL EBRO

TEXTO ORIGINAL DE LUIS ARENAS

LA DEVOCIÓN

La pregunta por el sentido de la vida ha llevado a los hombres y mujeres de todas las épocas a tratar de penetrar en ese territorio intangible y misterioso que denominamos el espacio de lo sagrado. Los seres humanos se saben frágiles, limitados, mortales. Se saben incapaces de comprender el misterio de lo real. El misterio de que *el mundo sea*. La religión, como el arte o la filosofía, es un intento por aproximarnos a ese misterio. La manera *humana* de convivir con *lo divino*. De acercarnos a ello. De intentar abrazar lo que nos trasciende. Aquello que por su distancia insalvable nos invita a un silencio recogido.

El carácter inapresable que se manifiesta en el misterio de lo numinoso —ese poder fascinante y misterioso que asociamos a lo que trasciende lo meramente humano— constituye el elemento esencial de la experiencia religiosa. Un sentimiento que, paradójicamente, involucra a un mismo tiempo la experiencia del amor y del temor; del poder y del sometimiento; de la alegría y la angustia; de la fascinación y del anonadamiento.

En dos elementos hunde sus raíces la religión. La *creencia* en la verdad del mensaje revelado y el *compromiso* de su puesta en práctica. En la disposición de los hombres y mujeres para prestar servicio a Dios descansa lo esencial de la devoción. Pero ese compromiso con la verdad del mensaje revelado empuja a la vida religiosa a compartirlo; a transformar el sentimiento individual ante el misterio de la existencia en una experiencia social, comunitaria. La vida religiosa invita a poner en común con otros la sorpresa y el misterio de lo real.

De ahí que profesar una religión sea sentirse parte de una comunidad litúrgica y ritual. Una comunidad que confiere valor a unos textos que tiene por sagrados y que se los repite a sí misma como parte de su pacto con la divinidad; una comunidad que actualiza bajo la forma de ritos y celebraciones su pertenencia a una comunidad de sentido. Sus ritos y fiestas serán el recordatorio del pasado destino que comparten y de la futura esperanza que les une. El calendario conmemorará los días solemnes; el recuerdo de los sacrificios de la comunidad por Dios o de Dios por la comunidad; la rememoración del origen de la fe compartida. Y las fiestas establecerán los ritos de paso: el nacimiento, la incorporación a la comunidad como miembro de pleno derecho, el matrimonio y, por fin, la muerte. Es en esos momentos de la existencia humana donde surgen las preguntas esenciales; donde el misterio y lo fascinante que incorpora el sentimiento religioso nos sale al paso y nos apela. Donde tenemos la sensación de estar ante lo incomprensible y lo inefable, ante lo que nos es al mismo tiempo íntimo y extrañamente ajeno.

Necesitamos otorgar un sentido a la realidad que nos rodea. Necesitamos imaginar que el dolor, la enfermedad o la muerte no tienen la última palabra. Necesitamos creer que no somos fruto de un azar de la naturaleza. Que somos algo más que una afortunada e improbable casualidad en el universo. De todas esas necesidades surgen las miríadas de dioses que todas las culturas conocidas han imaginado y venerado. Dios es el ser en el que confiar; el ser al que acudir en socorro nuestro; el ser al que pedir consejo y consuelo y a quien, a cambio, ofrecer tributo y prestar devoción.

La religión representa el ámbito en el que nos relacionamos con aquello que, como en un espejo invertido, sentimos como *lo totalmente otro* de nosotros. El ámbito de lo sagrado. Ese lugar habitado por seres todopoderosos, infinitos e inmortales.

Quizá Dios sea el último intento (o quizá el primero) para tratar de calmar esa *hambre de sentido* que todo el saber acumulado no nos permite saciar. Tal vez porque sentimos que incluso si todas las posibles cuestiones científicas fuesen contestadas, los problemas de nuestra vida ni siquiera habrían sido rozados.